

Virgilio precursor

*Exploración del misterio de la égloga IV **

I

¿Qué estremecedora sintonía, qué apremio inefable, qué misterio entraña este parvo poema de no más de 63 versos, la Egloga IV de Virgilio? Escrita el año 40 antes de Cristo, orillas del Tirreno, en la bahía de Nápoles, por un poeta incipiente, desconocido a la sazón, a modo de juego entre otros poemillas pastoriles, intrascendentes, nos turba y desazona a veinte siglos de distancia, más nuestro y más nuevo cada día. ¿Qué indecifrado designio se esconde tras esos esperanzadores hexámetros virgilianos, que suspirados cuarenta años antes del acontecimiento más renovador de todos los tiempos, el nacimiento de Dios hombre, corren parejos a los mensajes de esperanza y de paz del mismo Dios a lo largo de dos milenios sin un corte de su onda expansiva, de su contagio de simpatía en las mejores almas de todos los tiempos, sobre un mundo de continuo deshecho a discordias y muerte, como voz afin a la del mismo Dios?

Porque es el caso que sólo en los primeros cuarenta años de lo que va de siglo más de 150 trabajos sobre el poema registra

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Balmesiano de Barcelona el 26 de enero de 1962.

y analiza Juliano Mambelli en su guía de los estudios virgilianos del siglo xx. Entre ellos cuentan dos aportaciones españolas. La primera, la que escribe en visperas de su martirio, el año 30 el preclaro agustino P. Conrado Rodríguez, *El alma virgiliana de San Agustín*. Su capítulo IV, el central de la obra, *El misterio de la Egloga IV* irradia viva luz sobre el tema. La segunda, específica, más conocida, honra de la filología y el virgilianismo español, aparece dos años después, el 32, *Virgilio. El poeta y su misión providencial*, obra del jesuita P. Aurelio Espinosa, el mejor libro escrito en lengua española sobre Virgilio. Permitidme que yo que me honré con la amistad de su autor, encarezca aquí la valía de su contribución al tema. Se cumple ahora el año de su imprevista desaparición de entre nosotros en su sede fecunda de las laderas de los Andes. Acababa de llegar a nuestras manos el presente de su versión de la lírica de Horacio que le ganó la primacía entre la legión de traductores españoles del venusino. Y teníamos por cierta la esperanza de nuevos frutos de su mente de humanista impar, en plena sazón creadora, que alternaba con la dirección de la Universidad católica de Quito por él fundada. Bien podemos decir que los humanistas españoles estamos de luto por su muerte.

Voy a tratar de exponeros las conclusiones a que he llegado en la exploración del sentido de la Egloga. Comienzo por adelantaros que al cabo de la anonadadora copia de trabajos a ella dedicados, estimo nos es dado al presente desvelar una gran parte de su misterio. Digo una gran parte, porque, como veréis, nos queda otra irrucida todavía. Quizá ante ella hayamos de aceptar a la postre, conscientes de nuestra limitación, el descorazonador aserto de nuestro Quintiliano: "*Inter virtutes philologi —grammatici dice el rhetor— habebitur aliqua nescire*". Entre las virtudes del filólogo debe figurar la de reconocer nuestra ignorancia en algunos puntos.

Todos conocéis de seguro la Egloga. Sabéis que forma parte de los diez poemas pastoriles de Virgilio, cantos de boyeros, βουκολικά, de indudable paternidad del poeta, a modo de preludio de su poesía. Que comienza por una invocación de tres versos a las musas sicilianas, valedoras de la poesía pastoril. Que siguen cuatro versos de vaticinio, proféticos. Y que en los

tres siguientes demanda para un niño privilegiado, iniciador de la renovación del mundo, a punto de nacer a la sazón, el valimiento de Lucina, la divinidad protectora de los nacimientos. Que en los siete inmediatos anticipa que esta transformación sobrevendrá durante el consulado de Asinio Polión, prestigioso hombre de armas y de letras, amigo de Virgilio. A lo que añade la ascendencia divina del infante en unos versos introductores de la vida del niño, que opone a la precisa distinción de las fases sucesivas de su carrera. A partir del hexámetro 18 enuncia las maravillas que se operarán en la naturaleza durante la infancia, la niñez y la edad viril del pequeño. Forman estos versos, divididos en tres partes de 8, 9 y 11 hexámetros, cada una, el núcleo de la Egloga, que remata a partir del hexámetro 46 hasta el final con un epílogo de exquisita desazón. En él acucia a las parcas, hilanderas de los designios de los hados, a que apresuren el giro de sus husos. Y apremia al infante, vástago divino, a que inicie su triunfal carrera de honores, contagiándole del estremecimiento precursor de la naturaleza. Uno y otro apremio se recogen en el estricto espacio de cuatro y tres hexámetros cada uno. Sigue la acezante ansiedad de alma del poeta por alcanzar la cima de la edad a fin de poder cantar sus glorias. Y se cierra la Egloga con un íntimo apunte hogareño de cuatro versos: la instigación al infante a corresponder con su sonrisa a la sonrisa de su madre, y el encajecimiento de la virtud de esta correspondencia, prenda cierta de la recompensa reservada por los dioses al amor filial.

Tal es en sus grandes rasgos visibles el contenido de la Egloga. Ocupa en el designio de su autor el punto medio de ese concéntrico itinerario espiritual seguido por Virgilio en las Eglogas que ha intuido Maury. El poeta parte de la comiseración de su alma ante la injusticia humana (Eglogas I y IX) para alzarse a la pasión del amor (Egloga II y VIII) y asomarse a las armonías humanas (Eglogas III y VII) y de ellas ascender a la armonía sobrenatural (Eglogas VI, IV y V) con el más apurado primor y equilibrio de orden y número.

II

Pero, ¿qué es el poema? He aquí la primera de las indagaciones esenciales a que es fuerza dar respuesta. La Egloga IV es un canto de nacimiento, un carmen genetliaco al uso en Roma a la sazón. En él tuvo Virgilio —lo sabemos a ciencia cierta— sus modelos. Partamos de la premisa obligada, postulado hoy después de los estudios de la profesora francesa Mlle. Guillemin. La originalidad era entendida en la Roma clásica de modo distinto que en nuestros días. Consistía en asemejarse a un modelo, «tamquam aemulum scribere» en un ardid empeño, «retractatio», de decir las mismas cosas —nunca cosas nuevas— con ligeras variaciones de palabras. La forma les estaba prescrita. La influencia decisiva que la retórica ejercía en los poetas nos impone volver la vista a los manuales de retórica entonces en uso. En ellos se nos dan reglas precisas para la «oratio epideictica», esto es, el discurso encarecedor, y para la oda encomiástica, sobre las que se bordan los poemas a que cada poeta ajustará su inspiración, y su arte. Por fortuna poseemos una *Ars Rhetorica*, de Menandro el rhetor, atribuida por error a Dionisio de Halicarnaso, editada por Spengel, en sus *Rhetores graeci*, III, p. 377 ss., que nos da luz sobre la elaboración de las eglogas de Virgilio.

Menandro nos alecciona sobre la «oratio genetliaca», el discurso de nacimiento. En él ha de operar el orador con meras esperanzas, ya que la corta edad del infante no cuenta todavía con hazañas que encarecer. Manejará, pues, en un lenguaje florido la expectación. Ha de aventurar su imaginación sobre anticipaciones o aproximaciones a lo que el niño puede llegar a ser. Ha de vislumbrar aquello en que sobresaldrá cuando sea mayor, tanto en destrezas físicas como en su resuelta participación en la vida de la comunidad. Contamos, como elementos de juicio, con los testimonios de la conmemoración del nacimiento de grandes hombres de entonces, entre ellos la conmemoración del de César el año 48, y el más cumplido a cargo del procónsul de Asia, Fabio Máximo Paulo, sobre el de Augusto en carta circular a las ciudades de su providencia del año 7 antes de Cristo: «No

sé decir si el día del nacimiento del divino César —asevera— es de más gozo que utilidad. Cambiará con él la desgracia e infortunio humanos. La providencia le ha colmado de dones en beneficio del género humano...». Dittenberger, Syll., 760. Era, pues, usual, sobre todo en Asia, saludar a un gobernante como a un dios salvador, introductor de una nueva edad de oro, con frases dictadas por la deferencia, la cortesía, la lisonja, que hartas veces la realidad se encargaba de invalidar a corto plazo.

Añádese a esto una nueva fuente de inspiración: los cantos de bodas, bien bajo la antigua forma de los fesceninos, bien de los *carmina epitalamia* o epitalamios, al uso entre los *poetae neoterici* o innovadores, tan del gusto de la buena sociedad romana de entonces, ávida de novedades forasteras. Era preceptivo atribuir en ellos a la pareja contrayente y a sus familias con cortés condescendencia la más halagüeña andanada de encomios de sus cualidades y encarecer el don de la descendencia en ellos augurado. Nos consta que Catulo, poeta de la Galia Cisalpina, como Virgilio, iniciador de éste al parecer en el arte de la poesía, le sirve en la Egloga de modelo directo. Del carmen 61 catuliano, el epitalamio de Manlio Torcuato y Vinnia Aurunculeya, percibimos un eco cierto en el epílogo de nuestro poema. Y su carmen 64, la canción de la boda de Tetis y Peleo influye tanto en la técnica del hexámetro —el verso áureo catuliano se instaure en el poema de Virgilio— como en la temática. Idénticos motivos reaparecen en la Egloga: el abandono de los campos en Tesalia el día de la boda (Carmen 64, 39-41), el apremio a las Parcas (Ibid. 327), el vaticinio del héroe, el gran Aquiles, que nacerá de sus amores (Ibid., 338-41), la huida de la justicia de entre los hombres (397-8).

La Egloga IV no es, sin embargo, ni un discurso encomiástico ni una canción de nacimiento, uno de los cármes genitíacos al uso. Celebrábase en estos al niño una vez venido al mundo, y con más frecuencia en la conmemoración de su cumpleaños. El niño cantado por Virgilio no había nacido todavía. Ni es una canción de bodas propiamente tal, ya que el personaje a que iba dedicado llevaba varios años de casado. Ni era un mero vaticinio, un carmen sibilino, si bien percibimos en varios de sus versos una clara traza de oráculo. Existían a la

sazón —tenemos constancia de ello— numerosas sibilas o sacerdotisas transmisoras de la voz de la divinidad. Diez incluía la lista oficial que Virgilio recibió de Varrón. La ligada estrechamente a la religión romana era la sacerdotisa del templo de Apolo, en Cumas, en la costa del Tirreno, al norte de Nápoles. Una de estas es erigida por Virgilio en guía de Eneas en su descenso al mundo de los muertos en el libro VI de la Eneida. De Cumas procedía una serie de oráculos en versos griegos, que los romanos custodiaban celosos en el Capitolio desde los días de los reyes etruscos. Mas sabemos que esta colección quedó destruida en el incendio del templo el año 83 durante la guerra entre Mario y Sila. Fue sustituida —lo consigna Tácito (*Hist.* III, 72 y *Ann.* VI, 12) por los nuevos oráculos que el Senado mandó a sus emisarios recoger de distintas ciudades del Mediterráneo oriental, sobre todo de Asia Menor y Alejandria, centro éste el más prestigioso de irradiación intelectual del mundo antiguo grecorromano. Estos oráculos fueron reconocidos tras detenido examen como auténticos y pasaron a la guarda cuidadosa de los *Quindecim Viri*, el colegio sacerdotal a cuyo cargo estaban los ritos romanos. Los escasos fragmentos que de ellos poseemos actualmente, escritos en versos griegos de pobre factura y oculto sentido, proceden de Alejandria. Son de origen judío, un tanto cristianizados, no anteriores al siglo I de Cristo. Sabemos que en la época de Augusto circulaba gran copia de ellos, hasta el punto que, al ser elegido Octavio Pontifex Maximus, quemó más de dos mil de dudosa autenticidad y se reservó sólo los sibilinos. En los que poseemos se advierten patentes analogías con los capítulos mesiánicos de Isaías. De ahí que ciertos rasgos de la afinidad entre el capítulo XI de Isaías y la descripción virgiliana de la edad de oro hayan inducido a pensar que no eran desconocidos del espíritu avizor de Virgilio las profecías mesiánicas del pueblo hebreo. Nos consta el auge de la colonia judía en Roma a la sazón. Horacio hace una jocosa alusión a sus habitantes en la Sátira IX, 69-70, escrita apenas años después. A lo que se añade un testimonio de Flavio Josefo, digno de ser tomado en consideración. Los hijos de Herodes Ascalonita, Aristóbulo y Alejandro, fueron el año 40 antes de Cristo huéspedes en Roma de Polión, unido por estre-

cha amistad a Herodes, del que sabemos pasó una semana en Roma durante el otoño de aquel año, el mismo en que fue alzado al trono de Judea por Octavio y Antonio. Sabemos así mismo que el historiador griego Alejandro Polystor en su obra *περὶ Ἰουδαίων* había aireado entre los romanos por entonces las profecías mesiánicas y hasta había llegado a identificar a la sibilia de Cumas con una judía de nombre Moso en uno de sus libros *περὶ Πρόμης* lo que nos consta por los comentarios de Servio que era conocido de Virgilio. (SERVIO, *Ad Aen.* X, 538).

Toda esta varia copia de antecedentes, asimilada y alquitada en sus lecturas, va a constituir el fondo sobre el que opera a maravilla la mente de Virgilio. Cuanto más numerosas son las reminiscencias nos consta se mueve más a sus anchas la imaginación simplificadora del mantuano, diestra como ninguna en reducir a una sola forma de perfecta unidad los elementos recibidos. A ella afloran palabras, sonidos, ritmos, ideas, hechos que suscitan en su mente complejos poéticos diversos de los recordados. Del hondo pozo de su cerebración inconsciente emergen merced a su privativo mecanismo de átomos entrelazados. Y cristalizan en una poesía originalísima en que se entrefunde la copia de reminiscencias. Y es que cada lectura —lo advierte Knight en su definitivo estudio de su poesía— la fuerza del *pathos* le inhala los sonidos, las palabras, las ideas con tal fuerza que no le es dado ya desalojarlas de su memoria inconsciente o consciente. Su apremio le instiga a volver sobre el verso o pasaje gozosamente y a su recurrencia afloran los sentimientos que va decantando e integrando a pulsos de su potencia unificadora, disgregadora o reagrupadora a un tiempo de los átomos entrefundidos. En este proceso de integración va ideando formas constituidas de las diversas formas precedentes, ennoblecidas con la carga de elementos del pasado. Y así le advienen a la mente con nuevo significado no sólo palabras y ritmos e imágenes, sino también tramas de hechos y personajes, de que transfiere rasgos, situaciones y episodios, de unos en otros, que vienen a cobrar potencia y hondura nuevas por entero en una integración asombrosamente dúctil, en tenaz condensación indisoluble.

Así es como entrefundiendo elementos de canto genetliaco,

de epitalamio y de carmen sibilino va a nacer la Egloga en que el poeta anticipa, en el apunte de idilio de la mejor familia romana, la santidad de aquella otra de que el mismo Dios va a formar parte cuarenta años después.

III

Paso a dar respuesta a la segunda cuestión: ¿cuándo fue escrita la Egloga? A esto nos es dado responder con certeza, que adeudamos a Carcopino en su libro fundamental sobre el tema *Virgile et le mystère de la IV^e Eglogue*. El poema fue escrito entre la primera quincena de octubre y la segunda de noviembre del año 40 a.C., a raíz de la paz de Brindis concertada el día 5 de octubre entre Octavio y Antonio por mediación del cónsul Asinio Polión, a quien la Egloga está dedicada. Suscita este tratado de paz una eclosión de esperanza en las almas de aquella generación atormentada a lo largo de un decenio de incesantes contiendas civiles. Las circunstancias en que el mediador ejerce su cargo de cónsul caen fuera de lo normal en la república romana. Su actuación va a regirse por la carta constitucional del régimen de los triumviros, elaborada en septiembre del año 43 en la isla de Lavinio. En ella se dispone que el poder consular ha de ser compartido con los triumviros. No ha sido elegido por los comicios sino designado libremente por los árbitros de la vida pública romana que aquel mismo año, el 43, publican la lista de cónsules de los cinco años siguientes que ha de durar el triumvirato. Al punto comienzan a serles recortadas las atribuciones que se les asignan en un principio y a abolírseles los poderes que se había estipulado poseyeran. Tenemos a la par constancia por testimonio del historiador Dión Casio de que tanto Polión como su compañero Calvino habían dejado de ser cónsules en noviembre del año de su consulado, el 40 (*Dión XLVIII, 32, 2*). El malhumor de los triumviros fulmina su relevo ante la revuelta de la plebe durante los juegos plebeyos de mediados de noviembre, provocada por el malestar que ocasionan la reanudación de los ataques de Sexto Pompeyo a las costas de Italia. Les suceden

P. Canidio y Cneo Cornelio Balbo, un ilustre compatriota nuestro. El uno de diciembre el reemplazo era un hecho. De donde deducimos que es anterior la fecha de publicación del poema, ya que en él es invocado Asinio Polión como cónsul. No es presumible cometiera el poeta la torpeza de adjudicar en fecha posterior a su amigo un título de que había sido desposeído violentamente por la arbitraria decisión de los dueños de los destinos del mundo romano. Pero es que tampoco podía invocarle con este nombre antes del mes de octubre. La ambición de Octavio había anulado en la primavera del 41 estos nombramientos hechos el año 43. Hasta que por una de las cláusulas de la paz de Brindis, en octubre del 40, torna a ser restablecido el poder consular de hecho y de derecho.

Mas paremos mientes en una circunstancia que es fuerza tener en cuenta por su estrecha relación con el principal enigma de la Eglóga; la enemistad entre Octavio y Polión. Ante el reparto de tierras decretado por Octavio y Antonio como recompensa a sus veteranos a raíz de la batalla de Filipos —despojo que tan honda resonancia tiene en la poesía de Virgilio— Polión, legado de Antonio un año antes en la Galia Cisalpina, gobernador de esta provincia a la sazón, según tradición que recoge Servio, no duda en frenar el cumplimiento de la medida, movido de su amor a sus gobernados. Y, en sumarse a los manejos con que Lucio Antonio, el hermano del triumviro, y Fulvia, la esposa de éste, interfieren la aplicación del inicuo expolio. Esta acción provoca la guerra de Perusa. Y ya en lucha abierta toma Polión el partido de Lucio Antonio el otoño del 41 y se lanza a liberar a éste del cerco de Octavio. La intervención de Agripa desbarata sus planes y obliga a Polión a replegarse a Rimini. No se hace esperar la reacción de Octavio, que le destituye del gobierno de la Galia Cisalpina. A ello añade su andanada de fesceninos, pullas de sal gruesa, contra el destituido. A lo que éste se limita a contestar: «*At ego taceo, non est enim facile in eum scribere qui potest proscribere*» (Macrobio, II, 4, 21). Fuerza fue llegara la laboriosa paz de Brindis para que depusiera el triumviro su actitud y se avinieran los árbitros del mundo a conceder que fuera de los casos en que procedía ejercieran ellos por sí mismos el poder,

se permitiera actuar a los cónsules elegidos entre sus amigos, concesión a la que debe Polión su efímero mando.

Permitidme me detenga un punto a esclarecer quién fue por dentro este político romano que mereció el don de la Eglola imperecedera. Comenzaré por adelantaros que un orador, un poeta, un historiador, a quien parean sus contemporáneos con Cicerón, con Virgilio y con Salustio. De ahí que se exacerbe nuestro pesar de que sus obras figuren entre la inmensa parte perdida infortunadamente para nosotros. Y es que cuenta entre la media docena de romanos más fieles a su auténtica vocación. En su mocedad cultiva y templada exquisitamente su alma allegado al círculo renovador de los poetas de nuevo mensaje que descienden a Roma con su carga de ensueños de las laderas de los Alpes. Y traba con ellos, con Catulo en primer lugar, una firme amistad moceril. Cumple generosamente el servicio activo a su patria al lado de César. La muerte del dictador le sorprende mandando nuestra Hispania ulterior. Unese a los triunviros, y se le confía el mando de la Galia Cisalpina, donde ha de asentar, a pesar suyo, a los veteranos en las tierras de la Transpadana. Su amistad con Virgilio logra de primeras eximir de la confiscación las tierras del poeta cerca de Mantua. Rinde —hemos dicho ya— un decisivo servicio a la causa de la paz como mediador en el pacto de Brindis. Y desgarrado de Antonio cuando éste emprende su torpe aventura oriental, sabe hurtarse resuelto a la presión de Octavio y se niega a formar en las banderas que guerrear contra su amigo y protector. Y el año 39, coronado su gran empeño militar con la pacificación de las riberas de Iliria, se retira de las armas a cumplir con estricta fidelidad a su vocación la segunda parte de su destino romano: darse a los demás con la más generosa y dinámica entrega como guía e incitador de la inteligencia y la sensibilidad. Funda entonces la primera biblioteca pública de Roma *«in qua spectari monumenta sua voluit»*, para lo cual la enriquece con su espléndida colección propia de estatuas. De ella ha llegado a nosotros el grupo del suplicio de Dirce, el llamado Toro Farnesio. Y se da con afán a defender a los acusados desvalidos, y a dictar su consejo valedor al Senado vacilante. *«Insigne maestis praesidium reis et consulenti, Pollo, curiae»*, proclama Horacio

en uno de sus más enardecidos encarecimientos (*Carm.* II, I, 13-15). Y cultiva con fortuna el arte dramático y escribe una monumental historia de la guerra civil en 17 libros, a partir del consulado de Metelo y Afranio, el año 60, obra que sirve de base a Apiano y a nuestro Lucano. Y ejerce con agudeza y severidad la crítica literaria y elucida cuestiones gramaticales y destaca como escritor de cartas. Y se alza en generoso valedor de las artes y es el primero en organizar lecturas y recitales poéticos. Tan fecunda actividad proseguida hasta la cumbre de sus ochenta años —muere el 5 de nuestra era— tiene para nosotros un interés decisivo. El es el que incita a Virgilio a escribir las Eglogas, según patente testimonio de éste: «*Accipe iussis carmina coepta tuis*», «Acepta este empeño poético que he iniciado a instigación tuya», le pide en la *Egloga VIII*, 10-11, a él dedicada también. «*A te principium, tibi desinet*» —prosigue—. «Por ti la he comenzado, terminará en tu honor la obra completa». Encarecimiento de que ha dejado clara muestra en la *Egloga III*, versos 84 y 86 y 88 y 89, en que alaba su arte novedoso y pide alcancen sus amigos la perfección lograda por Polión. Es, por tanto, explicable que dedique a este insigne político y hombre de letras, su protector y amigo entrañable, la Egloga escrita en su consulado entre el borbotón de augurios y esperanzas que suscita en su alma el pacto de Brindis, el poema de paz en honor de un egregio hombre de paz.

IV

Y llegamos, camino adelante, a la cuestión siguiente: ¿Qué quiso decir Virgilio en ese trémolo de casi divinas incitaciones? Digo casi divinas porque quizá nunca a lo largo de la poesía de tres milenios a esta parte cumpla a poeta alguno en la misma medida la condición de alumbrado de la divinidad, trasmisor del aliento celestial y divino, con que nos traslada su mensaje esperanzador, de cumplimiento inmediato.

Abandono en mi indagación la maraña casi inextricable de aproximaciones y tanteos a que ha conducido su obsesión orientalista a una parte de los hermeneutas modernos, a favor de

su ingente acopio de erudición. Voy a seguir el hilo más cercano y seguro de las fuentes griegas y romanas. Es evidente que una parte de los motivos con que compone su cuadro de la edad de oro está tomada en préstamo de los trabajos y los días de Hesíodo. Y que deriva de Arato y de Empédocles otra parte de las ideas que afloran a la Egloga. Como lo es, que en la forma sigue de cerca a sus predecesores inmediatos los poetas latinos, Lucrecio y Catulo, de los que toma elementos con que atenuar o vigorizar la expresión. A esto hemos de añadir una nueva fuente de inspiración en el cercado de las ideas. El conjunto de desazones intelectuales que desembocaban a la sazón en Roma de diversas regiones del mundo oriental, habían sido captadas, tamizadas y asimiladas a su propio sistema de teorías y doctrinas y diluidas en el ambiente intelectual, por el círculo de neopitagóricos romanos en los quince años que preceden a la composición del poema. Sabemos que la cabeza visible de este círculo, Publio Nigidio Fígulo, vuelve a Roma de sus largos viajes de estudios por Oriente enriquecido con los conocimientos de los sacerdotes del valle de¹ Nilo, hasta el punto de rivallizar con ellos en la ciencia de interrogar a los astros y de calcular los números reguladores de su curso. Su mismo nombre de Fígulo, el alfarero, lo adeuda, se nos dice en los escolios de Lucano (*In Phars.* I, 639) a haber descubierto en sus viajes que el universo gira con la presteza de una rueda de alfarero. Y nos consta que los libros sagrados de los etruscos cuyo eco percibimos en el poema, habían sido divulgados por los neopitagóricos y que las teorías sobre los saecula o serie de generaciones humanas se hallaban incorporadas, apar de lo esencial de su teología, al libro VI del tratado de Nigidio sobre los dioses. Tal es la compleja y densa atmósfera que aspira la mente impresionable de Virgilio, la cálida onda moral que va a ejercer en ella su profundo influjo. Y que pasa a combinarse con elementos órficos e impulsiones de Hesíodo, Arato y Empédocles y oráculos judíos, que nos es dado percibir y deslindar a lo largo de la Egloga.

Escuchemos ya a Virgilio. Tras los tres primeros versos de invocación a las musas sicilianas, irrumpe la primera predicción:

*Ultima Cumaei venit iam carminis aetas.
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo*

(*Eg. IV, 4-5*).

Ya ha llegado la edad postrera del oráculo de Cumas.

Desde el mismo principio comienza ya la gran serie de edades.

Tratemos de aclarar su sentido. El poeta vaticina la inminencia de la nueva edad de oro. Se basa en un oráculo oficial procedente de la sibila de Cumas, cuyo texto no conocemos. Los escoliastas nos revelan, no obstante, su sentido. Había dividido el oráculo sibilino la historia del mundo en una serie de edades o saecula. Cada una iba designada con el nombre de un metal y colocada bajo el signo de una divinidad celeste que la presidía. Profetizaba la sibila —nos lo esclarece Servio— que al completar su curso las edades del mundo volverían a iniciarlo de nuevo. «*Finitis omnibus saeculis, rursus eadem renovari*» (SERVIUS, IV, p. 55, *Thilo*). No hace ahora al caso si la duración de cada una de estas edades era de cien años, como aseguran unos, o de ciento diez, como opinan otros, ni si la Sibila habla de diez edades, como afirma Servio, o sólo de cuatro, como cree Probo. Lo que nos importa es que el primer saeculum, generación o edad correspondía a la edad de oro o de Saturno y el último a la de Apolo. «*Tuus iam regnat Apollo*» (*Eg. IV, 10*), presagia Virgilio augurando la inminencia del retorno de la nueva edad de venturas.

¿Opera el poeta ya desde el primer verso del presagio con su peculiar traza de contaminación? ¿Intenta aludir con el epíteto «*cumaeum*» que adscribe a *carmen*, a la par que al oráculo de Cumas, a la cumplida exposición que hace Hesiodo de la sucesión de las cinco edades y de la condición de la vida de los hombres en cada una de ellas, fuente asimismo de inspiración de Virgilio? ¿Cumple por igual el epíteto a Kyme, la población de Eolia, patria del padre de Hesiodo? Observemos que no de otro modo asigna en el libro VI de la Eneida a la Sibila de Cumas, guía de Eneas en su descenso al reino de la muerte, el epíteto de adivina Amfrisia, por ser ésta servidora

de Apolo, quien de mozo pastoreaba sus rebaños a orillas del río Amfrisio de Tesalia. La primitiva traza virgiliana de aludir, nos autoriza a suponerlo siguiendo a los más antiguos comentaristas del pasaje. El mismo Hesíodo —notadlo— nos esclarece el sentido de la expresión «última edad», el último plazo de la serie de edades cuando nos dice: «No quisiera ser yo uno de los hombres de la quinta edad, sino haber nacido antes o después» (*Trabajos y días*, 174).

Es revelador el pesimismo y la desesperanza de Hesíodo. Va descendiendo en el pasaje de la altura de la primera edad de Kronos, cuando vivían los humanos como dioses, ajenos a todo agobio de dolor y cuidado, libres de la vejez desoladora, en el gozo de su perenne juventud verdecida, entre bienes sin número, en la armonía de la paz, adormecidos al cabo en la muerte como en un sueño, para convertirse en genios valedores de los mortales. Y pasando por las edades siguientes llega al cerco de fatigas, de maldición, de miserias de la quinta raza humana, la generación de hierro, la que Zeus aniquilará y de la que surgirán hombres nacidos con los cabellos canos, desemejantes los padres de los hijos y los hijos de los padres, maldecidos en su vejez los padres de los hijos, artesanos del crimen, hundida en odio la frente que se recrea en el mal (*Trabajos y días*, 110-200). A su amarga actitud desoladora, Virgilio va a oponer su cierta esperanza en la inminente renovación y mejoramiento humano. Sigue una trayectoria ascendente. Parte de la edad de hierro y pasando por la edad de los héroes va ascender a la de oro. Entrefunde aquí el poeta con elementos de Hesíodo los de la doctrina etrusca de las diez generaciones o *saecula*. Era el *saeculum*, según los etruscos, el espacio de tiempo delimitado por la vida de más larga duración entre los nacidos en un día dado, plazo fijado en 110 años. Al cabo de los cuales había de renovarse el mundo mediante la purificación por el fuego o ἐκπύρωσις. Y a par de ello opera con la enseñanza cierta de Pitágoras, de que en ciertos periodos definidos los seres recomienzan su vida anterior. Y con la creencia difundida por Oriente —que recoge el oráculo sibilino referido— de que era inevitable que a una época de desventuras siguiera una feliz. Y con la doctrina de Zoroastro, actualizada a la

sazón por Nigidio Figulo, relativa al fin de aquella edad: una ola de fuego destruiría a su tiempo la maldad y dejaría intacto lo bueno del mundo, preparando así el triunfo de Ahura Mazda sobre Ahrimán. Mas de este complejo de reminiscencias, la mente constructiva de Virgilio reemplaza la purificación por el fuego por un gradual perfeccionamiento de personas y cosas. La última generación o ciclo estaba en el oráculo sibilino presidida por el Sol, a favor según parece de la doctrina estoica que deriva del fuego la purificación del mundo por la *ἐκπύρωσις*. En el vaticinio virgiliano es Apolo quien preside la última edad. «Tuus iam regnat Apollo» (*Eg. IV, 10*). Sigue aquí Virgilio la doctrina neopitagórica, cuyo símbolo es Apolo, el que parte de lo múltiple que es la naturaleza, ἀποθεὶν τῶν πολλῶν para confundirse en la unidad, que es Dios. De donde el saeculum o generación que prepara la palingenesis o renacimiento renovador de esta última edad es el presidido por Apolo, en que se reconstruye en su integridad primitiva la mónada o unidad de que se ha originado la pluralidad de los seres o cosas. Deja así Virgilio establecido que la renovación de esta postrera edad del mundo, la metacósmesis, no advendrá por la angustia de la doctrina de la Estoa sino por obra de una apocatástasis, esto es, a imagen del movimiento inmutable recorrido en su retorno por el curso concertado de los astros, simétrico al de su partida, según prescribe la serena doctrina de Pitágoras.

Reanudemos el hilo del presagio:

*Iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna,
iam nova progenies caelo demittitur alto* (*Eg. IV, 6-7*).

Ya regresa la Virgen, retorna ya el reinado de Saturno.

Ya nos baja una nueva generación de lo alto de los cielos.

¿Qué nos vaticina Virgilio en estos dos versos oraculares, de mesiánica resonancia, a par de los dos iniciales ya examinados? Reparad en su extrema simplicidad, su urgencia de ritmo y vuelo, sostenido por los tres leves huelgos de la pausa, cortado el primer hexámetro en su doble secuencia yuxtapuesta, concentrado el segundo en el molde de la frase verso, enhiesto de esperanza en la celeste altura.

He aquí que la Virgen reaparece —intuye el poeta—. Conocemos su inmediato sentido. Nos lo esclarece el curso de las estrellas, los círculos que describen en su giro incesante que enlaza el principio con el fin. Desazona al poeta rastrear el punto en que Apolo cede su lugar en el cielo a Saturno. Sabemos que el sol entraba en la constelación de Virgo del 27 de agosto al 25 de septiembre, según el sistema de Pseudo Geminus seguido por Varrón. La estrella de la Virgen, la más brillante de la constelación, llamada espiga de la Virgen, ὁ σπάχος τῆς παρέένου, oculta en Roma el año 40 desde el 23 de agosto, reapareció en las primeras horas del crepúsculo del 5 de octubre, el día mismo de la paz de Brindis. El poeta intuye afinidades secretas entre su aparición y las conmociones de la tierra. Halla justificada su fe y da suelta al vuelo de su esperanza. No de otro modo que el pontifice Nigidio infiere del paso del Rubicón por César, bajo el signo de Marte, la destrucción del mundo, columbra Virgilio la vuelta del favor divino de la paz de Brindis, bajo el signo de la Virgen, la justicia, inseparable de la edad de oro. Virgo es la Virgen astral, la que irradia sobre el mundo la luz de la justicia incorruptible, Erigona. Mas esta identificación es de fecha reciente. Apenas dos siglos antes, los astrólogos, dóciles a la influencia pitagórica, habían reemplazado en los nombres del Zodíaco el de γηλαί, las Pinzas, con que designaban el signo entre la Virgen y el Escorpión, que era fuerza referir a éste, por el nombre de Libra, la Balanza, emblema de la Justicia, que quedaba así unido a la Virgen. Adeudamos al gran poeta griego Arato, del siglo III a. C., de patente influjo en el libro I de las Geórgicas de Virgilio, el cabal relato de la leyenda en sus *Phainomena*, difundidas en Roma por la versión de Cicerón. «Allá en los tiempos de la edad de oro vivía la Justicia, aunque inmortal, en medio de los hombres. Llamábanle éstos Δίκη» (*Phain.* 104). Y le plugo habitar en medio de ellos el tiempo que duró la edad de oro. (*Ibid.* 114). Mas degeneran luego los mortales y es en la edad de plata cuando la Justicia se aleja de ellos y va a ampararse en el segundo de los campos. Virgilio nos lo atestigua:

*Extrema per illos
Iustitia excedens terris vestigia fecit.*

(Geórg. II, 473).

Huyendo de la tierra la Justicia dejó en los campos sus postreras huellas. Y retiróse luego a la soledad de los montes para no dejarse ver de los humanos sino de tarde en tarde a la puesta del sol, ocasión en que se les mostraba avergonzándoles por sus perdidas virtudes. Hasta que al cabo, en la edad de bronce, al empeorar las costumbres de los hombres, cuando dan en forjar las primeras espadas y comienzan a comer la carne de los novillos uncidos al yugo, no puede sufrirlo y alza el vuelo al espacio celeste y se instala en el punto en que la Virgen brilla de noche mostrando en su mano una espiga esplendente al lado del luciente Boyero. (ARATO, *Phain.* 131-136). De ahí que se tome a la Justicia por inseparable compañera de la edad de oro. Nos lo confirma el testimonio de Nigidio: «*Cum inter mortales conveniret, omnibus locis conciliabilisque solitam consistere et praecipere hominibus ne temere ab aequitate atque iustitia discederent; quandiu mortales monitis oboedissent vitam sine cura ac sollicitudine facturos. Cum neglegentius aequitatem observarent in insidiasque declinassent cupiditate et avaritia alter alterum deciperent, ab hominibus discessisse* (NIGIDIUS FIGULUS, frag. LXXXXIV, p. 115 ss.). Lo que nos explica asocia el poeta su vuelta al retorno de la edad de Saturno y que su aparición entre las estrellas le revele la inminencia de su llegada y que la coincidencia de su vuelta con la fecha de la paz de Brindis suscite irreprimible alegría en su alma.

Iam nova progenies caelo demittitur alto

(Eg. IV, 7).

Ya nos baja una nueva generación de la celeste altura.

¿Qué quiere decir Virgilio en este hexámetro? ¿Se refiere al infante divino, «progenies», que se nos envía a la tierra de las alturas del cielo cumpliendo el vaticinio de la Sibila judeo-

alejandrina? και τότε δὴ θεὸς οὐρανόθεν πέμψει βασιλῆα (*Orac. Sibyll.* 286)

Y entonces desde el cielo mandará Dios un rey.

Eduardo Norden, el egregio exégeta alemán, de origen judío, con el que tenemos contraída inmensa deuda los comentaristas virgilianos, relaciona su sentido con la vuelta del reinado de Saturno. No nos es dado desligarlo —nos dice— del verso precedente: «*Redeunt saturnia regna*» (NORDEN, *Die Geburt des Kindes*, p. 49). *Progenies*, que significa descendiente y descendencia, tiene aquí el segundo sentido. Virgilio se refiere a la generación que va a vivir esa inminente edad de oro que retorna. Mas identifica Norden —notémoslo— el sentido de *progenies* en la Egloga, con el que hallamos en San Pablo, 1 Cor. 15, 47: la nueva creación en Cristo, ἡ καινὴ κτίσις, en virtud del cual todas las cosas antiguas son pasadas, todo se torna nuevo. Aunque para Norden, al igual que el sustrato entero de la Egloga, derive este evangelio de la natividad, de la religión egipcia del Eón, el infante cuyo nombre es comienzo y fin. (Ibid., p. 50).

Nos inclinamos, pues, a creer que Virgilio vaticina en el pasaje su esperanza en que una generación renovada está a punto de descender del cielo a la tierra. Y que ha de suceder a la atormentada por los prolongados infortunios abatidos sobre el pueblo romano de entonces, a la que ha vivido entre guerras civiles —hasta doce nos es dado contar desde la social al epílogo de Actium—. Mas el sentido último del pasaje estimamos queda aclarado por entero a la luz de la doctrina pitagórica sobre las generaciones humanas y el destino de las almas, profesada por Nigidio Figulo y que el poeta comparte.

Sostienen los pitagóricos que las almas descienden de la altura para remontar de nuevo a ellas. Es en el cielo donde reside y late la vida innumerable que Dios infunde a los hombres. Los astros, el sol, la luna, las estrellas, participan de esta vida de la divinidad, ya que en ellos predomina el calor creador. El alma humana contiene asimismo una parte de la divinidad. «*Infra autem lunam nihil est nisi mortale et caducum*

praeter animos munere deorum humano generi datos, supra lunam sunt aeterna omnia» asevera Cicerón en su áureo tratado *De re pública*, VI, 17, 17. Esa porción de divinidad se concentra en el alma humana como en un fogaril en que se sumen y reproducen todos los rayos del cielo. Es, pues, nuestra alma a modo de microcosmos que resume como proyección de Dios el universo todo. De ahí la alteza y lumbre de su mente, imagen de Dios.

*Quid mirum noscere mundum
exemplumque Dei quisque est in imagine parva?
si possint homines, quibus est mundus in ipsis,*

intuye el poeta neopitagórico Manilio en su *Astrología*, IV, 893-895.

Mas en el curso o sucesión de las edades que integran el Gran Año sólo contado número de almas privilegiadas descienden del éter a animar los cuerpos terrestres. Las otras encadenadas a la ley de la metempsicosis están sometidas a un triste menester en la naturaleza animada y sufren las transformaciones que les impone la sucesión de la vida y de la muerte en el interior del círculo de la necesidad. Sólo cuando la serie de generaciones o saecula llega a su fin y recomienza el Gran Año alcanzan completa liberación todas las almas reencarnando en su pureza primera. Este prodigio se cumple en la edad de oro. Mas ello exige una palingenesia o renovación. He aquí la generación renovada que al retorno del siglo de Saturno va a descender de los cielos a la tierra. Con ella la divinidad va a extenderse por toda la naturaleza. Lo que nos explica que convendrá a toda ella el nombre con que Virgilio, unos versos después, invoca al Infante descendiendo a la tierra en la hora radiante de la renovación del mundo:

Cara deum soboles, magnum Iovis incrementum!
(*Eg. IV, 49*).

¡Descendencia divina bien amada, esplendoroso vástago de Dios!

Atribuye el poeta la paternidad del infante a la divinidad. Y toma el nombre tradicional entre los pitagóricos para designar a Dios, no el de Zeus de que se sirve el epos, sino el de Júpiter, el padre celeste, el mismo al que los versos de oro llegados a nosotros bajo el nombre de Pitágoras, invocan como padre de todos los humanos, y a la par, principio y señor de la creación. Véldo confirmado en estos versos del poeta Valerio de Sora, divulgados por el neopitagórico Varrón, que nos han sid oconservados por San Agustín (*De civ. Dei*, VII, 9):

*Iuppiter omnipotens rerum regumque repertor,
progenitor genetrisque deum, deus unus et idem.*

De esa omnipotente divinidad, creadora por sí sola del universo, de hombres y de dioses, de ese Dios único, va a ser floración el infante a punto a la sazón de nacer, que cerrará una edad de infortunios, y comienzo de una era venturosa, del siglo de Saturno, que va a extenderse por el haz del mundo, el infante, para el que pide a continuación favor a la divinidad valedora de los nacimientos, a Lucina:

*Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
desinet ac toto surget gens aurea mundo,
casta fave Lucina. Tuus iam regnat Apollo.*

(*Eg. IV*, 8-10).

Favor que demanda la exultación del alma del poeta con el primer tirón de ritmo, abandonando el verso frase, la andadura oracular hasta ahora utilizada. Observad un punto el viraje. El apoyo del relativo le da pie para distender la frase por el espacio de hexámetro y medio.

Sigue la invocación imperativa, directa, entrecortada por el primor de la pausa insólita, la trocáica, que remata con el segundo hemistiquio, enardecido de certezas cumplidas, la llegada del reinado de Apolo, y con la reiterada alusión al cónsul Polión:

*Teque adeo decus hoc aevi, te consule, inibit,
Pollio, et incipient magni procedere menses,
te duce.*

(Eg. IV, 11-13).

Será en tu consulado cuando inicie su vida la gala de esta edad, Poli6n, bajo tu mando comenzarán su curso los meses del Gran A6o.

De aqu4 arranca su vaticinio de la correspondencia entre el desarrollo del ni6o y la renovaci6n del mundo. El poeta nos predice —not6moslo— que la transici6n va a cumplirse a paso insensible.

Como en el giro de las estaciones va sucediendo al invierno la primavera, y a 6sta la plenitud del verano y la saz6n del oto6o, como nos advienen los tibios d4as del buen tiempo a trav4s de los tristes y cerrados, y el sol va llegando al equinocio a etapas id6nticas a aquellas con que se aleja de 6l, as4 el retorno renacido de los siglos de oro va a llegar a los hombres a trav4s de los recuerdos infaustos de la edad de que libera a los humanos:

*Si qua manent sceleris vestigia nostri
irrita perpetuo solvent formidine terras.*

Eg. IV, 11-12).

Si de nuestra maldad todav4a perdura alguna huella, borrada quedar4 y se ver4 la tierra libre de su constante sobresalto. Conforme a la predicci6n de la Sibila:

6ς π4σαν γ4ιαν παύσει πολέμοιο κακόιο

(V. 653).

Que el mal de la guerra todo el haz de la tierra librar4.

Esta misma turbaci6n le asalta unos versos despu4s, cuando nos describe la mutaci6n de la naturaleza en la edad heroica, que corresponde a la adolescencia del infante.

Quedar4n todav4a unos pocos vestigios de la antigua malicia, surgir4n todav4a nuevas guerras.

*Pauca tamen suberunt priscae vestigia fraudis,
 erunt etiam altera bella.*

(Eg. IV, 31 y 35).

Y es que Virgilio quiere alejar la sugestión de las alteraciones bruscas, que reemplaza por una progresiva sucesión, a imagen de la imperceptible marcha de los astros en su giro por la esfera celeste, per apocatastasim, mediante un retorno por los puntos simétricos a los de su partida —aciara el comentarista Servio— sirviéndose de un término muy del gusto de los antiguos astrónomos caldeos.

Y nos anticipa a continuación que el niño vivirá la vida misma de los inmortales:

*Ille deum vitam accipiet, divosque videbit
 permixtos heroas et ipse videbitur illis.*

(Eg. IV, 15-16).

y que verá a los héroes mezclados con los dioses
 y que se le verá mezclado entre ellos.

Con que evoca la convivencia entre los dioses y los hombres, privilegio otorgado a las primeras generaciones humanas, según testimonio coincidente de Hesíodo (*Trabajos*, 153), Arato (*Phainomena*, 104) y Catulo (LXIV, 384-408).

Cierra estos versos con una clara alusión a su secreto mensaje: la instauración de una era de paz por obra del cónsul pacificador, de su amigo Polión:

Pacatumque reget patriis virtutibus orbem.

(Eg. IV, 17).

y ha de regir el orbe apaciguado por obra de las dotes de su padre.

Y pasa a vaticinarnos la sucesión de las tres etapas de esta renovación paulatina de la naturaleza y de la vida de los hombres, en estricta paridad con la vida del niño celebrado. La transición de la infancia a la adolescencia y de ésta a la edad

viril, conforme a la doctrina pitagórica de la metacósmosis, se corresponde con las fases de renovación del mundo. Con lo que aviva el hálito de maravilla y religiosidad que impregna la Egloga toda. Ved ya cómo Virgilio en el vaticinio de esta triple correspondencia asume y relabora los elementos heredados, visibles en los hilos con que teje el apunte de la dadivosidad de la naturaleza en la infancia del héroe:

*At tibi prima, puer, nullo munuscula cultu
errantes hederas passim cum baccare tellus
mixtaque ridenti colocasia fundet acantho.*

(Eg. IV, 18-20).

Y a ti, niño, la tierra, sin cultivo ninguno,
te dará en abundancia por primicias exuberante yedra
y nardo y colocasia entreverada con riente acanto.

El poeta da suelta a la andadura por el espacio de tres hexámetros y alza y alisa a la par melodía y tono a pulsos del borbotón de gozo irreprimible. Y así opone la nota de la edad de oro —nullo cultu— subrayada en Hesíodo (*Trabajos*, 117-18) al exotismo de los dones que divierten al infante y al rústico sabor de prodigio operado en la vida de la granja:

*Ipsae lacte domum referent distenta capellae
ubera nec magnos metuent armenta leones.
Ipsa tibi blandos fundent cunabula flores.
Occidet et serpens et fallax herba veneni
occidet; assyrium vulgo nascetur amomum.*

(Eg. IV, 21-25).

Tornarán las cabritas al redil por sí mismas con las ubres retesas y no temerán ya a los grandes leones las vacadas.
Florecerá profusa sin cultivo tu cuna para ti fragantes flores.
Morirá la serpiente, y la yerba insidiosa del veneno perecerá también. El amomo de Asiria brotará donde quiera.

¿Opera Virgilio en el apunte con las imágenes de bienandanza dispersas por el cuadro convencional de la edad de oro en el

conocido pasaje del Político de Platón (*Político*, 269, d, e), en que expone éste su doctrina de la mediación de la divinidad en la vida humana, invirtiendo su curso y tornando a los hombres de la vejez, a la mocedad y de ésta a la infancia, por separar así la vuelta del reinado de Kronos? Es verosímil su influencia en el conjunto de reminiscencias griegas y orientales con que opera el poeta. Mas advertid que vira en redondo la traza de su modelo directo, de Hesíodo, en el pasaje de los Trabajos y los días examinado. En lugar de descender como éste de una edad venturosa a la desazón de los males presentes, asciende por sus pasos contados de la desesperanza de su edad a la altura de la era venturosa inminente que Dios se disponía a la sazón a colmar y así inicia el segundo plazo, el de adolescencia del héroe, aquel en que le será dado estudiar la poesía, conforme al programa que codifica un siglo después Quintiliano, y conocer los hechos fabulosos de los héroes, y la historia cumplida de las hazañas de su padre, encarecidas por Virgilio en deferente alusión a la obra de Polión. Y encabeza la transición —reparemos en ello— con la idea fundamental platónica de que la posesión de la virtud «*et quae sit poteris cognoscere virtus*» (*Eg. IV*, 27), es la base de la felicidad humana. Y despliega a nuestra vista la paulatina correspondencia a prodigios de la naturaleza en el logro expresivo más cencido de maravilla quizá de toda la poesía virgiliana. Toma los motivos —es cierto— del acervo común, mas nos los da ahilados, irisados en la triple gama de asombros, contrastados de pulimentos de ritmo, color, gravitación, melodía, sugerencia inefable:

*Molli paulatim flavescet campus arista,
incultisque rubens pendebit sentibus uva,
et durae quercus sudabunt roscida mella.*

(*Eg. IV*, 28-30)

se irá dorando el llano deshudo poco a poco de espigas ondulantes,
y colgará de las incultas zarzas luciente uva bermeja
y el tronco de las rígidas encinas destilará el rocío de la miel.

A su gracia se rinde el ánimo acunado a maravillas, vuelto a

los dones de la pródiga naturaleza, la que cumplida la renovación:

omnis feret omnia tellus.

(Eg. IV, 39).

por sí sola cualquiera tierra lo dará todo.

Virgilio nos anticipa en el pasaje los dones esenciales con que acoge al hombre en su vuelta a su seno nutricio: el pan, el vino y la miel. Para rematar la sucesión de maravillas con un prodigio postrero:

nec varios discet mentiri lana colores.

(Eg. IV, 42).

ni será necesario que se adiestre la lana en fingir varios visos.

*Ipsae sed in pratis aries iam suave rubenti
murice, iam croceo mutabit vellera luto;
sponte sua sandix pascentis vestiet agnos.*

(Eg. IV, 43-45).

Por sí solo, en el prado teñirá sus vellones el carnero unas veces del color de la púrpura suavemente encendido o del azafrañado de la gualda.

Por sí irá la escarlata vistiendo a los corderos mientras pacen. Prodigio con que el poeta actualiza el presagio tomado de los antiguos libros sagrados de los etruscos, que augura la felicidad plena para el jefe de un Estado según nos atestigua Macrobio cumplidamente: «*Traditur in libro Etruscorum, si hoc animal insolito colore fuerit indutum, portendi imperatori omnium rerum felicitatem*» (Sat. III, 7, 1). Y que se halla confirmado con mayor precisión en el libro transcrito del Ostentario o libro de los presagios etrusco por Tarquitiu Priscus, escritor que vivió probablemente en el reinado de Augusto, y que nos ha transmitido el mismo Macrobio: «...*purpureo aureove colore*

ovis ariesve si aspergatur, principi ordinis et generis summa cum felicitate largitatem auget, genus progeniemque propagat in claritate laetioresque efficit» (Sat. III, 7, 2). Si el vellón de una oveja o de un carnero se cubre de púrpura o de oro es signo prometedor para el príncipe de gran felicidad, del acrecentamiento de su poder y de su raza que colmarán de ventura.

Permitidme sondear un punto el sentido íntimo de estas señales prodigiosas. Son, a mi ver, esbozos de ese acezante quehacer constructivo de su empresa inmediata: el poema del conocimiento y la compenetración apasionada con la pródiga naturaleza, que nos dicta en las Geórgicas. El poeta es íntegramente fiel a su destino de hombre y de romano de su tiempo, precursor cierto del nuestro.

*Pauca tamen suberunt priscae vestigia fraudis,
quae temptare Thetim ratibus, quae cingere muris
oppida, quae iubeant tellurem infindere sulco.
Alter erit tum Tiphys et altera quae vehat Argo
delectos heroas; erunt etiam altera bella
atque iterum ad Troiam magnus mittetur Achilles.*

(Eg. IV, 31-36).

Perdurarán no obstante todavía en el alma del hombre algunas huellas de la antigua malicia que a arriesgarse le fueren en naves por el mar y a rodear de muros las ciudades y a hendir la tierra a surcos. Y habrá un segundo Tifis y otra Argo que transporte la flor de los guerreros; todavía habrá otras nuevas guerras y lanzarán de nuevo contra Troya al imponente Aquiles.

Virgilio recuenta en sentido inverso las etapas de que el hombre se ha ido alejando. Late en el transfondo de estos signos la irreprimible conmiseración de su alma hacia la ambición atezante de los hombres. Como una constante actitud del poeta se detracta la desmesura humana de la navegación (*Georg.* I, 130, 136, II, 503), el egoísmo que fortifica y aísla los lugares de convivencia entre los hombres (*Ib.* I, 126-28). A lo que se añade

el martirio de la tierra, muestra patente de su desconfianza en su pródiga fecundidad, y la denostación, consustancial a su alma, de la violencia de la guerra. Y encarece en el paso a la edad de oro inminente la liberación de estos acucios de desmesura humana, trasladando a la nueva edad venturosa los signos de los siglos áureos de Arato (*Phain.* 110-11), el alegre ocio de las gentes de Tesalia en las bodas de Tetis y Peleo, su ufanía al librar a la tierra del rastrillo y desuncir las yuntas del arado (*Catulo*, LXIV, 38-42), y la gozosa exuberancia de la vid, ajena a la violencia de la podadera, exuberancia connatural a la edad primera de los hombres, que acentúa Lucrecio (*De rerum natura*, V, 933-36).

Aflora a lo largo del pasaje la impulsión de Virgilio a la vuelta a la naturaleza, a la avenencia de hombres y animales, urgida del parentesco universal pitagórico, al retorno a los tiempos en que el hombre juzgaba abominable quitar la vida a víctimas inocentes y alimentarse de su carne, a los siglos en que la llama del amor, había amansado y vuelto dulces y amables a los animales todos para con el hombre, y en que el gusto de la sangre no había lanzado todavía a los humanos a la forja de las espadas homicidas. Como simbolo de la mejor de las riquezas instauro el el poeta la paz entre los hombres y la naturaleza, fruto de la paz de los hombres entre sí, que presagia la paz integradora de almas y cosas, ensoñada pocos años después por otro egregio poeta romano:

*Cuncta sine insidiis nullamque timentia fraudem
plenaque pacis erant.*

(*Ovidio, Met.* XV, 96-7).

A arterias, ajeno, libre del más remoto temor a engaño alguno, todo de paz estaba entonces lleno.

Esta acezante nostalgia de paz, es la que acucia el vaticinio de la Egloga, la oteada por su mente precursora, la que presiente va a enraizar en la historia después de cuatro años de convulsiones sangrantes, de asesinatos, de despojos ininterrumpidos tras el asesinato de César, de la batalla de Filipos, de la guerra de Perusa, de las despiadadas ejecuciones que la siguen. Es la paz que los romanos desangrados hambreaban con los restos de

vigor que les quedaban todavía en las venas, la que acababa de ser concertada en Brindis. Es la paz de Virgilio, la que Augusto anticipa, la que Dios insta para siempre en las almas.

Pasemos al epílogo de la Egloga. De improviso se arrebató su ánimo. Y abandona la firme andadura a que ha conducido la parte central del poema, la renovación de la naturaleza y de la vida humana pareja a las fases de la vida del infante precursor. A partir del verso 45 hasta el 60, cuatro antes del final, vira en redondo el rumbo. Y como en los pasajes de condensación de su afectividad, de más honda sintonía de su alma con el tema, se le va el ánimo en vuelo urgido de venturosas realidades entrevistas.

*«Talia saecla» suis dixerunt «currite» fuis
concordes stabili fatorum numine Parcae.*

(*Eg. IV, 46-7*).

«Hilad presto esos siglos» les han dicho las Parcas a sus husos, acordes con el fijo designio de los hados.

Porrumpe volviendo sobre el desazonado apremio de Catulo. Y al punto sin transición, de presencia de las hilanderas del destino humano, salta a la del niño, hecho ya hombre, en trance —lo avista su ansiedad— de iniciar la carrera de los honores:

*Adgredero o magnos (aderit iam tempus) honores,
Cara deum soboles, magnum Iovis incrementum!*

(*Eg. IV, 48-9*).

Comienza la carrera de los grandes honores —ese será el momento—

¡oh estirpe bien amada de los dioses, gran vástago divino!

Y le insta a alzar los ojos al cielo, a contemplar el giro de los astros, allí de donde penden las vicisitudes de la naturaleza y del hombre, a percibir sus impulsiones, el vaivén de péndulo de que acompaña su exultación cielo, tierra y mar, ante la inminente paz suspirada:

*Aspice convexo nutantem pondere mundum,
 terrasque tractusque maris caelumque profundum!
 Aspice venturo laetantur ut omnia saeclo!*

¡Mira cómo vacila la mole de la bóveda celeste
 y la tierra y el haz del ancho mar y el abismo del cielo!
 ¡Contempla cómo todo se alegra con la llegada de este nuevo
 siglo!

Todo concurre al logro expresivo prodigiosamente intuido: la condensación de elementos sonoros, la remoción del orden de las palabras, el vigor sintáctico que imprime el indicativo preferido en la interrogativa indirecta, el vértigo del ritmo, la resonancia coloquial indefinida de melodía y alma.

Vira de nuevo y dislocando la expresión a pulsos desazonados nos descubre una íntima ansia:

*O mihi tum longae maneat pars ultima vitae,
 spiritus et quantum sat erit tua dicere facta!
 Non me carminibus vincet nec Thracius Orpheus
 nec Linus...*

(Eg. IV, 53-6).

¡Lograra yo la cumbre de una larga existencia
 y el aliento preciso para cantar tus glorias,
 y no me vencería cantando el tracio Orfeo
 ni Lino...!

Y vuelve a cambiar de plano descendiendo de su ensueño a un futuro próximo en los cuatro hexámetros finales y adviene a la poesía de todos los días. De puntillas se llega a la cuna y espía la primera sonrisa del infante renovador.

*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem.
 Matri longa decem tulerunt fastidia menses.*

(Eg. IV, 60-1).

Comienza a conocer por su sonrisa, pequeñuelo, a tu madre.
 Prolongadas molestias diez lunas a tu madre han deparado.

Los comentaristas, pasando de largo sobre el primer hexámetro, se apresuran a esclarecernos el sentido del segundo, el por qué de la cuenta de diez meses. De las explicaciones que nos dan, nos satisface la de SALOMON REINACH, en «*Cultos, Mitos y Religiones*», IV, 109-129. Se trata de la nueva espera en la dilatada ansiedad de la madre, los cuarenta días que era norma intercalar entre el nacimiento y la primera sonrisa ritual del infante. No necesitamos recurrir al resumen que hace Censorino de la explicación de Pitágoras difundida en Roma por Varrón: los dos plazos de gestación, el menor de siete meses y el mayor de diez, que adviene a los 274 días de la concepción. CENSORINO, *De die natali*, IX, 1-2.

Observad que este apunte de idilio hogareño, esencialmente virgiliano, distinto por entero del bellissimo de Catulo (LXI, 219-22), de indudable influencia en el presente pasaje, condensa uno de los más diáfanos trasuntos de la pietas romana, entendida como rendida dependencia de la divinidad y amoroso cumplimiento de los deberes mutuos de hijos y padres. Este mismo sentimiento nos revela en la Eneida la clave del poema: la sobrada medida con que corresponde Anquises en el valle del Leteo a la irreprimible ansiedad con que su hijo Eneas supera los riesgos todos al descender al reino de la muerte, de donde torna a la luz el ánimo del hijo vigorizado para cumplir su augusta misión. Como aflora por igual, en la cima de las Geórgicas, al elogio de la vida del campo. La más cumplida compensación al esfuerzo agotador del labriego al cabo de las faenas del año, en el sosiego hogareño invernal, se cifra en las caricias con que el corro de sus hijos corresponde a su amor colgándose de sus labios: *Interea dulces pendent circum oscula nati* (*Georg. II*, 523). Mas notad que en la Egloga la constante virgiliana, arranca de la primera ansiedad materna, al borde mismo de la cuna, a los cuarenta días del nacimiento del infante. El poeta pide al niño que aprenda a reconocer a su madre por el signo que concentra todo el amor de ésta, la sonrisa materna. Y que responda luego a ella con el anticipo compensador de su primera sonrisa. Y es que el alma de Virgilio intuye, a par de la madre del infante, el alcance indefinido de las anticipaciones que actualiza la esperanza, el mismo que su discípulo SCHILLER acertará a cantar plasmando la ins-

tigación virgiliana: «*Glücklicher Säuling! Dir ist ein unendlicher Raum noch die Wiege; werde Mann und dir wird eng die unendliche Welt!*» «¡Infante bienhadado, todavía es para ti la cuna inmenso espacio; pero hazte hombre y será estrecho para ti el espacio sin límite del mundo!» Es el mismo que en la cumplida madurez de ansiedades de la vida, reaparece radiante a los ojos de Enrique Heine, cuando vuelve al hogar, enfermo el cuerpo, ensombrecida el alma, al cabo de su largo viaje por el haz del mundo en vana busca del amor.

*Doch da bist du entgegen mir gekommen,
und ach! was da in deinem Aug'geschwommen
das war die süsse langgesuchte Liebe.*

(*An meine Mutter, Sonette II*)

¡Pero entonces saliste tú a mi encuentro
y ¡ah! lo que entonces vi que asomaba flotando a tu mirada,
eso, era el dulce amor, el que por largo tiempo busqué en vano!

Insiste a continuación Virgilio en la complacencia de los padres en su hijo, resuelta en apurado ritmo interno, de pareo compensatorio:

*Incipe, parve puer; cui non risere parentes
nec deus hunc mensa, dea nec dignata cubili est.*

(*Eg. IV, 62-3*).

Comienza, pequeñuelo, a quien no han halagado sus padres con sonrisas
ni sienta dios alguno a su mesa, ni diosa da acogida en su lecho.

Paso por alto aquí la discusión de la variante del texto, esclarecida detenidamente por mí en otro lugar (sobre el verso 62 de la Egloga IV de Virgilio (HELMANTICA, 13, 1953). La correlación no se limita —advertido— a la identidad de ritmo, a la sucesión de largas y breves, a la disposición de la pausa. El poeta encarece la virtud de la sonrisa de los padres. Y aludiendo, nota

MARX en *Neue Jahrbücher für das Klas. Phil.* I, 128, a un hecho fábula o sentencia, conocida de sus contemporáneos, que ha escapado a nuestro conocimiento, establece como condición necesaria para que el héroe pueda alcanzar el don de la convivencia con los dioses, el rendido culto a sus padres y que corresponda a su afecto él por vida.

Penetremos en la hondura de alcance precursor de estos hexámetros postreros que suscitan la sintonía de nuestras almas con su mensaje. En ellos se fia la certeza de los logros humanos del infante a la indagación del amor materno en sus ojos, al intercambio y correspondencia de sonrisas, a la valedera complacencia de los padres en el hijo y de éste en sus padres desde la misma cuna. Y se alumbraba en la ternura del hogar la raíz del más hondo amor humano, que presagia la inminencia de la familia divina. Y se nos revela la clave de la identificación del hecho de la Egloga, que es fuerza busquemos en una persona íntimamente ligada al destinatario, al que halaga como era uso en las canciones de nacimiento.

Cautiva la originalidad de la intuición del poeta. Si en el anticipo del libro VI de la *Iliada*, en la despedida de Héctor y Andrómaca, la urgencia de ternura acaba con la escena, se diría que está concluida, como anclada en tierra, en el apunte virgiliano surge disparada a un infinito de suadencias y sugerencias, de fabulosas potenciaciones. De entonces a acá sigue alumbrando horizontes y adumbraciones interiores distintas en cada cual.

Permitidme resumir su sentido. Al cabo de su exquisita delibación de esencialidades del pasado espumando las esencias del mensaje pitagórico: el aleccionamiento de los astros conformadores de la conducta de los hombres y la esperanza cierta de la renovación de la vida a imagen de la perfección de la convivencia humana en los siglos de oro y las raíces de la degradación sucesiva del hombre; y la doctrina de Platón sobre la previsión de la divinidad inversora del curso de la vida de los humanos hacia una nueva infancia ennoblecedora acuciada de un afán de compenetración e inteligencia entre los hombres en los quehaceres políticos, Virgilio inserta por remate de la Egloga su instigación psicagógica: la incitación a sus contemporáneos a la concordia con el panorama de un pasado venturoso, presa-

giado como futuro inmediato, que ha de basarse en el conocimiento e imitación de la *virtus* ejemplar, de los hechos gloriosos de los antepasados. Y la suadencia final, inadvertida para los más, patente en su designio constructivo, a la vuelta a la pureza de la vida del hogar, por medio de esta condensación esencialmente virgiliana, la correspondencia de sonrisas entre padres e hijos. Y con ella la entrañada lección de modelación humana por la esencia del amor.

V

Cumple por último esclarecer el punto de más viva seducción y curiosidad para los más de la Egloga. ¿Quién es el niño de los altos destinos celebrado en esta novedosa canción de nacimiento?

Por fortuna para nosotros nos es dado responder, si no con absoluta certeza —el poeta no nos dice— con toda verosimilitud histórica. Es obligado partir en busca de luz de un hecho cierto, la cronología de la Egloga. El niño cantado por Virgilio nace en los días inmediatos siguiente a la paz de Brindis concertada el cinco de octubre del año 40. El poeta alude claramente a la inminencia de su nacimiento.

Tu modo nascenti puero... casta fave Lucina.

(*Eg. IV, 8-10*).

Al niño que está a punto de nacer... préstale tu favor, casta Lucina.

Lo que nos permite descartar la atribución a la hija de Octavio y Escribonia, la niña Julia de escandalosa memoria, atribución sostenida en Francia, por Boissier; en Alemania, por Skutsch; en Inglaterra, por Warde Jowler, Mayor y Conway, por más que no cuenta con testimonio alguno de la antigüedad. Nos consta que la boda de Octavio y Livia, su segunda esposa, tuvo lugar en las calendas de febrero del 38, acto seguido del nacimiento de Julia, día mismo en que repudia Octavio a Escribonia,

según nos atestigua *Dión Casio*, XL, VIII, 34, 3. Lo que obliga a fijar el nacimiento de la niña a fines del 39, un año después de la fecha de la Egloga.

De más valimiento goza la atribución al hijo de Octavia y Gayo Claudio Marcelo, al mozo de destino esperanzador Marco Claudio Marcelo, adoptado por Augusto como hijo y destinado a sucederle, destino que trunca la muerte, y al que Virgilio dedica un conmovedor epicedio al cabo del libro VI de la Eneida, versos 855-886. Objetemos de primeras con Salomón Reinach que la atribución a un miembro de la familia de Octavio mal podía halagar la vanidad o la ambición de Polión, a quien está dedicada la Egloga. Pero es que tampoco concuerda la fecha. Contamos, entre otros, con el testimonio de un contemporáneo, el poeta Propercio, quien afirma que Marcelo, al morir en otoño del año 23 antes de Cristo, había cumplido veinte años (*Prop.* III, 18, 15). De donde nos es dado fijar la fecha de su nacimiento en el otoño del 42 como más tarde, dos años antes, por tanto, de la composición del poema.

Menos verosímil nos parece a todas luces y harto más aventurada la atribución de Norden, Jeanmaire y Eisler a los gemelos nacidos de la unión de Antonio y Cleopatra, Alejandro Helios y Cleopatra Selene, opinión no respaldada por testimonio alguno antiguo. No sólo repugna con el patriotismo de Virgilio glorificar la descendencia de una extranjera, descendencia nacida de un adulterio, en el punto mismo en que se concierta como garantía de paz el matrimonio de Antonio con Octavia. Pero es que la fecha del nacimiento de los gemelos hay que fijarla con toda verosimilitud cuatro años más tarde, el año 36, un año después de que el *imperator* romano, Antonio, se desposa con la reina conforme al derecho egipcio.

Tampoco nos es dado aceptar la identificación del niño de la Egloga con el primer hijo del matrimonio de Octavia y Antonio, que sella el pacto de Brindis, con la niña Antonia Maior, casada con Domicio Enobardo, abuela del emperador Nerón. Si la estrecha relación de Antonio y Polión presta apoyo a la atribución, queda ésta descartada por la fecha del nacimiento de la niña, al cabo del año 39, un año, por tanto, después del pacto, fecha que no coincide en modo alguno con la clara alusión de

Virgilio al nacimiento del infante en los días inmediatos a la paz de Brindis.

El niño esperanzador vaticinado en la Egloga hemos de buscarlo más cerca del destinatario del poema, en su misma familia. Es obvio que la Egloga es una novedosa mezcla de canto consular y de carmen genetliaco, canción de nacimiento de un niño ligado estrechamente al personaje a que va dedicada, al que alude de modo patente varias veces en sus vaticinos. La íntima relación de Virgilio con Polión, gobernador un año antes de la Galia Cisalpina, donde radica la granja de los padres del poeta, la delicada tarea que le confieren los triumviros de asentar a los veteranos en las tierras de esta provincia, la gratitud de Virgilio hacia él, la amistad que con él traba, la identidad de gustos literarios, el relieve de la figura de Polión, su decisiva mediación en la paz entonces concertada, el prestigio que con ello logra. las esperanzas fundadas que sus amigos tienen puestas en sus dotes militares y políticas, el entusiasmo del alma impresionable y deferente de Virgilio, todo esto concurre a hacer inseparable de Polión la figura renovadora de aquella sociedad deshecha a discordias. A lo que se añade el testimonio unánime de sus contemporáneos.

Entre los hijos de Polión, la fecha de su nacimiento impone descartar al mayor, a Asinio Galo, a pesar de que el gramático Asconio Pediano atestigua recordar haber oído de boca de Galo, que la Egloga había sido escrita en su honor, según refiere Servio: *Asconius Pedianus a Gallo audisse se refert hanc Eglogam in honorem eius factam* (Serv. V, II, p. 46 Thilo). Mas es parte a disculparle su extremado afán de notoriedad y su desmedida ambición, de que tenemos clara constancia, no acordes ciertamente con su moderada talla política. Sabemos que nace durante el gobierno de su padre en la Galia Cisalpina, a lo que debe su cognomen de Gallus, un año antes de la fecha del poema. Y es nombrado cónsul el año 8 a. J. C., suprema magistratura que exigía en un plebeyo como él la edad de 33 años. Lo que confirma la fecha de su nacimiento el año 41.

No es él, pues, sino su hermano menor, Asinio Salonino, el hijo de Polión que reúne los requisitos para una atribución fundada: su condición de hijo del destinatario del poema, la co-

Correspondencia de fecha del nacimiento con la de la composición del poema, la misma clave del sobrenombre que alude a un hecho cierto de la carrera militar de su padre, el pacificador, Asinio Polión. Sabemos que el destinatario del poema fue cónsul primero y procónsul después en Dalmacia. Y que durante su consulado, antes de diciembre del año 40 —fecha en que al arbitrio de los triumviros le suspende en su cargo— le nace un hijo al que llama Salonino en recuerdo de la ciudad de Salona, puerto de Dalmacia, la actual Yugoslavia, donde arriba como cónsul y planta sus cuarteles aquel invierno. Contamos con el testimonio de primer oden de *Servio*, el comentarista virgiliano: «...*Asinius Pollio ductor exercitus... cum post captam Salonam, Dalmatiae civitate... meruisset lauream, eodem anno, suscepit filium quem a capta civitate Saloninum vocavit*» (*Servius ad v. I, p. 44 Thilo*). A lo que se añade la afirmación de *Philargirius* de que la Egloga fue escrita en honor de Salonino: «*in Salonini honorem dictam*» (*Philargirius ad v. I, p. 73 Hagen*). Nos consta que entra en Salona como cónsul. Los historiadores nos reconstruyen los hechos. A raíz del pacto de Brindis, al punto mismo de concertado éste, apremian los triumviros a sus amigos a que emprendan los inaplazables quehaceres guerreros que les habían asignado, nos dice Apiano (B.C., V, 65, 276). Asinio Polión se embarca para Dalmacia en Brindis y unos días después entra en Salona donde planta su estandarte y sus reales. Allí pasa el invierno y desde allí parte en la primavera del 39 hacia el sur, al hilo de la costa de Iliria, a la actual Albania, para apaciguar a un pueblo de levantiscos guerrilleros, los feroces Partinos. Es en Salona, apenas acaba de acampar, a donde le llega la nueva del nacimiento de su segundo hijo. Alcanzaba entonces Polión la cima de su carrera política y militar. Acababa de conseguir un valioso éxito como mediador en la ardua tarea de paz, lo que le había deparado la designación de general en jefe de la campaña contra un peligroso pueblo bárbaro. Va investido de los honores de cónsul y del imperio proconsular. Se la asegura el gobierno como procónsul de la provincia, por que pueda así dar cima a la campaña. Rebosaba satisfacción en la que tomaban buena parte sus amigos, Virgilio entre los primeros, que sabe de la esperanza inminente del nuevo hijo. Entonces, a primeros de di-

ciembre probablemente, este año, el 40, su esposa Quintia, que ha quedado en Italia, le da el hijo esperado. Y a Salona le llega la fausta nueva. Y de Salona recibe el recién nacido su sobrenombre. Son los días precisos en que Virgilio escribe el poema. Nos es dado rastrear en él con Carcopino, a través de la fe del poeta en las prendas militares de Polión, anticipadas a sus ojos las glorias de su campaña militar: «*te duce*» (Eg. IV, 13), bajo tu mando las sombras que oscurecen un punto el horizonte político, con la revuelta de la plebe contra los triunviros aquellos mismos días, durante los juegos plebeyos de mediados de noviembre.

*Si qua manent veteris vestigia fraudis,
irrita perpetuo solvent formidine terras.*

(Eg. IV, 13-14).

Si de nuestra maldad perdura alguna huella
borrada quedará y se verá la tierra libre de su constante sobresalto.

Mas al punto le recobra de su vacilación su firme confianza en las dotes del pacificador. Y le asegura la prenda de garantía de la paz concertada, la reconciliación de Antonio y Octavio. Y el nacimiento del hijo de Polión le estremece de esperanza. Ya se han alejado las discordias civiles, remate infortunado de la última edad del gran año, ya clarea el primer albor de una nueva era con la llegada de este niño. Se cumplen los vaticinios de la Sibila. Lo atestigua la estrella de la Virgen, que el mismo atardecer del día del pacto se ha asomado al cielo de la ciudad. Y su vaticinio va anudando la sucesión de bienandanzas del siglo de Saturno al crecimiento de ese niño que entonces le nace a su amigo. Y demanda al cielo sobrevivir largos años por ser testigo de sus glorias. Y se inclina sobre su cuna y le encarece su apremio de inefable ternura.

VI

¿A quién se refirió Dios?

Tengo por indudable, con la certeza a que inducen los hechos históricos examinados y la penetración en el fondo de la Egloga, que es al hijo segundo de Polión, a Salonino, a quien alude Virgilio. La gratitud al relevante hombre de letras y de armas, la fuerza irreprimible de su amistad con él, el seguro presentimiento de su mente precursora en la renovación del mundo, con la vuelta inminente de la paz y la concordia, se concentran y plasman en el vaticinio sobrehumano de la Egloga a favor de los encarecimientos de ventura, exorbitados sin duda, mas impuestos por el uso en las deferentes canciones de nacimiento. Instaurada la paz contados años después, a los diez de escrito el poema, por obra de Octavio, ante el encumbramiento de este egregio caudillo, unido estrechamente con Virgilio —nos es patente la gratitud de éste a Octavio desde la primera Egloga (versos 6-10 y 43-46), reiterada inequívocamente en la invocación del libro I de las Geórgicas (versos 24-40), y en el epílogo del libro VI de la Eneida (versos 791-807)— es explicable se diera en pensar que el poeta había celebrado en el vaticinio al emperador y a su sobrino Marcelo. Lo apoya la creencia, difundida a poco de reafirmarse el imperio, en que era en efecto Augusto el restaurador de la edad de oro. Como no deja de ser explicable el hecho de que fallidas las esperanzas de los hombres, cuando empieza a cuartearse el imperio, vuelvan todos sus ojos al verdadero Salvador del mundo y refieran a él los vaticinios de Virgilio. Es verosímil esta explicación histórica que nos da Carcopino, el sagaz exégeta del misterio humano de la Egloga IV.

Pero permitidme exponer mi firme convicción, concorde con el testimonio casi unánime de la tradición cristiana, y con una parte de los exégetas modernos, de que Dios quiso servirse para sus fines del más alto de los poetas romanos. Fue su mensaje profético, avivado por la aparición de la estrella de la Virgen sobre el cielo de Roma aquel crepúsculo del 5 de octubre del año 40, la primera estrella cierta que siguieron los ojos esperanzados de los hombres, a lo largo de 40 años, camino de la cueva

de Belén. Es la misma estrella de la Egloga, a cuyo brillo presente la aparición de la Virgen, Madre del Salvador, la versión griega atribuída al emperador Constantino:

ἦκει παρθένος αὐθις ἄγρουσ' ἐρατὸν βασιλαῖ.

La Virgen llega ya trayéndonos al Rey de nuestras ansias.

Es éste el Salvador, el Renovador total del mundo, vaticinado a cortos años de plazo por Virgilio sin él saberlo. El mismo Dios lo elige en Occidente, en la ciudad unificadora, cabeza del mundo, difusora de su doctrina de renovación y salvación verdadera, donde asentará por los siglos su sede. Escuchad las razones de esta elección, de traza divina, de labios de Sellar, uno de los más egregios virgilianistas modernos: «Su fe firmísima en la providencia divina, sus convicciones acerca de la esencia espiritual del alma y de su independencia y superioridad respecto al cuerpo, su creencia en una vida futura, cuya felicidad o infelicidad depende de los hechos buenos o malos de la presente, sus ideas sobre el pecado y la purificación del pecado, el valor que da a la pureza y santidad de vida, todo ello pone su espíritu más en consonancia con la fe y las esperanzas destinadas a prevalecer en el mundo que con las creencias o medias creencias de su propio tiempo. Su fe religiosa abrazaba cuanto había de más puro y más vital en las religiones antiguas y al mismo tiempo parece que en sus hondas intuiciones preveía ya algunos de los aspectos de la fe que cuatro siglos después había de dominar en Roma» (Sellar, *Virgil*, pp. 84 y 371), aducido por el P. Espinosa. Y es que el mismo Dios le había infundido la genial intuición «de la verdadera afinidad entre el hombre y Dios, y de la realidad que gana la vida en ponerse en relación con El» (Glover, *Greck Byways*, p. 201).

Pretendió su mente vaticinar la renovación del mundo que intuía inminente, la que Octavio Augusto cumplió por unos decenios en la medida que le era dado hacerlo a la sazón a un gobernante egregio. Cuenta, a no dudar, la clara prospección de concordia de Octavio que impone con habilidosa traza apaciguadora. La fuerza arrolladora de sus legiones somete en el *Finis terrae* de nuestra Hispania la indómita rebeldía y amor a la libertad de nuestros Cántabros. Y extiende por los lindes de Orien-

te su dominio hasta la India, restableciendo la majestad romana. Es patente su designio de hurtarse a la destrucción del imperio de los Partos, de manifiesta debilidad política, que pedían a la sazón como revancha las unánimes apetencias del pueblo romano, así como su esfuerzo por conseguir una convivencia fundada —es cierto— en la base política del respeto a las vitales necesidades romanas. Consigue por entero su empeño desoyendo la voz de su obsesiva tentación política y militar. Al cabo del primer decenio de su mandato, el año 20, Fraates, el rey de los Partos, le paga a Augusto su decidida renuncia a prestar ayuda a las maquinaciones de los enemigos de su reino. Devuelve a Roma las águilas de las legiones sacrificadas por Craso y Antonio en sus irreflexivas campañas guerreras. Pero su obra apaciguadora se interrumpe a la vuelta de un siglo en manos de sucesores, para reaparecer en el mandato de Adriano con la devolución de las conquistas orientales de su predecesor Trajano a los pueblos sometidos, Armenia, Mesopotamia, Babilonia. Reconocemos que esta paz no podía ser duradera. En el precio que había pagado Roma por el logro de la unidad política del mundo —la aniquilación de todo estado sospechosos de convertirse en centro de reacción antirromana— radicaba, a par de su debilidad, la promesa cierta de su fracaso. Había conseguido ciertamente su empeño: el hundimiento de todos los demás estados por la fuerza de un superviviente único. Y establecía por mano de Augusto su paz universal, su paz romana. Mas para la paz de las almas era demasiado tarde. No le era dado al pacificador lograr su recobro de las devastaciones psicológicas, del desequilibrio de las almas, harto más duradero —nota certeramente Toynbe— que el arrasamiento de edificios.

Pero es que la renovación del mundo mal podía llevarla a cabo un adalid de un pueblo que no contaba con más ley moral que la *mos maiorum*, las sesudas normas humanas heredadas de sus mayores, sin otra reserva familiar que la *patria potestas*, debilitada de día en día, encuadrado en una organización social que deparaba ilimitado poder y privanza material a unos pocos para defender sus privilegios sobre una ignara masa desvalida. No podía esperarse de un pueblo que no había asentado otra ley de convivencia entre los hombres que la férrea de las armas y

el derecho, que no sentía ni avizoraba siquiera solución al destino de las almas al cabo de la vida terrena.

Sólo Dios, en trance a la sazón de hacerse hombre, podía dictar y cumplir la renovación verdadera de los hombres. Sólo de El podía advenirnos la fe en el valor y la dignidad de cada hombre y de ella la firme conciencia de una libertad inalienable, fundada en la creencia en el inestimable precio de cada alma humana, de cada hombre redimido por el mismo Dios, hijo de Dios y heredero del cielo.

La duradera paz y hermandad entre los hombres, que Virgilio tal vez presentía, que vaticinó quizás sin saberlo, sólo del mismo Dios podía proceder, de aquel que infundió al poeta de por vida esta divina intuición que reaparece en su poema mayor:

*Attulit et nobis aliquando optantibus aetas
auxilium adventumque dei...*

(*Aen.* VIII, 200-201)

A la hora definida el tiempo a nuestras ansias por fin trajo
el auxilio de un Dios y su venida...

El mismo que le eligió —tenemos la evidencia— para que cantara a la misma hora casi «en que Dios hecho niño entre pajas plañía».

¿Qué dictado cabe cerner del mensaje a veinte siglos de distancia? La esperanza cierta, entre la desolación de nuestro presente idéntica a la del año de su vaticinio, en la inminencia de una era de renovación de las almas merecida por nuestro tenaz esfuerzo de convivencia humana y por el retorno a la antigua piedad familiar, y en pos de ella, la vuelta de los ojos del alma a la altura de donde sigue descendiendo para nosotros cada año el Infante divino, instaurador de la paz duradera.

JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA